

MIRIAM REYES, *HAZ LO QUE TE DIGO*, MADRID, BARTLEBY, 2015, 74 pp.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

Afirmaba Jacques Lacan en *El Seminario 8* acerca de *La transferencia* en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, y sus excursiones técnicas, que «Al principio era el amor», y que estamos abocados a esperar a que el otro diga lo que queremos escuchar, porque nunca podremos hacer que lo diga o que lo haga, y que por tanto se presenta como una quimera. Este tal vez sería un buen resumen de este magnífico libro de poemas de Miriam Reyes (Orense, 1974), bajo el imperativo *Haz lo que te digo*. Incluso podría afirmarse que por mucho que nos quieran complacer y se aproximen a decir lo que queremos escuchar, nunca lo lograrán: «Por más que lo intentas / no haces lo que te digo. // Parece que juguemos a juegos distintos: // yo digo tu voz / y tú respondes mi voz solo busca tus oídos» (p. 40). Habría que recordar también a Georges Bataille en *Las lágrimas de Eros*, a propósito de la disolución del uno en el otro que implica el amor, cuando se da pleno. Quizá con estas bases teóricas, a modo de guía, podríamos interpretar este volumen de amplio espectro, en el que ya desde el título se nos impele a leer con la motivación de quien, más que por propio gusto, es empujado a algo. Además, el amor como destrucción no solo de la pareja, sino de cada una de las partes, es decir como autodestrucción, sería otro de los peligros a los que estamos abocados. Desde los primeros versos advierte: «No es aconsejable depositar toda esperanza en otro cuerpo / pero sucede y para entenderlo / habría que empezar por aislar / el proceso de la circunstancia / y observar con atención / las pequeñas transformaciones / en el significado de la palabra amor.» (p. 15). De ahí estas preguntas del deseo, cuyas respuestas nadie sabe: «¿Te como o me comes? / ¿Se trata de aparentar que tienes lo que no tienes? / ¿Seremos rivales adversarios

compañeros?» (p. 33).

A su vez, el poema que comienza diciendo «Estamos programados para ver causa / donde solo hay azar» (p. 44), indica el empeño lógico del ser humano para ordenar todo lo que hay a su alrededor, ya se llame mundo, naturaleza, u otredad en general, incluidos los humanos. Buscamos lógica en el otro, en nuestras reacciones y relaciones, pero no la poseemos ni siquiera para nosotros mismos. Nos encontramos en el abismo del yo, su inefabilidad y su fractura romántica, la cual, eso sí, escarba en las teorías contemporáneas de la física para aferrarse a algo, despojándose de idealismo, especulaciones y metafísicas. La reducción de los cuerpos a su extensión –su espacio– material destaca en el poemario, que no se conforma con fantasmagorías o engañifas de tres al cuarto. Desde su asertividad, *Haz lo que te digo* interactúa con el lector para reflexionar sobre el uso y la dirección que le damos a nuestra vida, sin contemplar otras soluciones que no sean las del aquí y el ahora, las del tocar y comprobar empíricamente, «porque no hay explicación posible, pero sucede / todo el universo extendido y flotando / entre mi cuerpo y tus manos» (p. 17). Eso no quiere decir que la autora caiga en esencialismos básicos e ingenuos, sino que opta por una lectura apegada a la realidad, sin trascendencia. Cuando el uno se aferra a su identidad y autonomía, el otro se acopla: «Entonces me plantaste arbolitos alrededor / plagados de nidos en sus copas / y estas enredaderas que me suben

por las paredes» (p. 18).

La corporeidad de *Haz lo que te digo*, se aprecia cuando, más que un «yo soy», lo que se antepone –como lema– es el «yo hago». Por eso se interpela al otro para hacer, independientemente de que se consiga lo que se pretende, que como veremos casi nunca es así. Pero la exhortación a hacer se plantea como fundamental, ya que nos mueve a vivir. El resto, o sea las hipótesis sobre lo que no se ha hecho, lo que se podría haber hecho, o lo que gustaría hacer, no cuenta, o podría decirse que cuenta *ex negativo*: «Lo que no nos hacemos sedimenta / en la carne / endureciéndola.» (p. 21). Se exponen diferentes teorías de las distancias, ya sea para evitar, ya sea para atraer al otro: «cuanto más lejos estás / más rápidamente te alejas» (p. 22), que en cualquier caso tiende a convertirse en sólidos argumentos, como «columnas maestras» (p. 23) en la casa del amor compartido. La poeta insiste: «Lo que no nos hacemos se apila / en los rincones como una montaña / de cajas que guardan lo que se tuvo / y ahora ya solo se puede precintar» (p. 25).

La simbología de la roca o paralización de los cuerpos que no se comunican, petrificados, nos recuerda a aquella piedra dura que ya no siente. La autora se plantea comprender lo que sucede, intentando que la relación se dé como quiere, o dejar que las cosas se queden como están, y que la deriva haga lo demás: «Puedo levantarme y cerrar esa puerta / o quedarme donde estoy y pedirte que la cierres» (p. 34). En realidad,

y a partir de este momento, se agudizan estas problemáticas, esgrimidas en forma de conflicto, todas esas causas ajenas a la semántica, y emparentadas con la pragmática: «El significado que le demos a esto / dependerá siempre de algo distinto / como el significado de una palabra» (p. 35). Nos enfrentamos al alrededor de las palabras, lo que quieren decir y lo que dicen, a su imposibilidad por definición, o insatisfacción final. «Detesto las imprecisiones» (p. 38), asegurará un poco después, a sabiendas de que «Cuando dices que piensas en mí no piensas en mí / piensas acerca de mí pero desde lejos» (p. 41). Volvemos al abismo del yo, a su soledad más absoluta, y los poemas nos dejarán frente a un nosotros sin vínculos, un «nosotros a la intemperie» (p. 39) de la comunicación efectiva, que no obstante no le importa demasiado, tanto si se produce como si no, a la voz verbal: «Como si de repetir las palabras su significado se aclarase o llegase a pertenecerme» (p. 43). El yo poemático se muestra consciente en todo momento de que «La aridez se extiende y esconde lo que hay debajo: / este lugar y yo este momento y yo / somos una misma superficie. // Sigo diciendo yo pero sé que ahora significa arena» (p. 64). El contorno es indescifrable, pero más inteligible que el interior: «En todo el universo / no hay un solo cuerpo que no tire de otro / con toda su oscuridad que no puede verse» (p. 52). La atracción, que no solo es sexual, sino emocional, holística o «gravitatoria» (p. 53), va del centro —

digamos, esencial— hacia los márgenes para agarrarse a algo. Por eso en la última parte de *Haz lo que te digo* los márgenes y el paisaje cobran particular importancia (pp. 55, 56 y ss.). Una mirada libre —lo más libre posible— hacia el exterior quizá no nos salve de nosotros mismos, de nuestros problemas de comunicación con el otro, pero al menos ayudará a desatascarnos de las aporías del sujeto trascendental y el ombligismo, para centrarnos en «las palabras abiertas» (p. 60) y en una descripción posible de lo que nos circunda, en un mundo practicable y, en definitiva, una poesía en presente. El contorno como conocimiento del medio, que acaba repercutiendo en el conocimiento de uno mismo: «He aprendido a interesarme / por algunos procesos geológicos: / en mi carne cristalizada hay signos / que de saber interpretarse / explicarían cómo se han formado / algunas cadenas montañosas» (p. 64), para concluir que «Estudiarse es más útil de lo que algunos consideran» (ibíd.).

Miriam Reyes ha escrito un poemario atrevido en su propuesta — dejamos otros temas, de los muchos que nos quedan, para que el lector se adentre por sí mismo— y profundo en sus implicaciones, con un lenguaje que continúa en la línea ya descrita de sus anteriores entregas, pero ahora maduro y en su mejor expresión. *Haz lo que te digo* es un libro importante de una autora importante, y desde aquí quisiéramos saludarlo, dándole la enhorabuena.